

De memoria:

Mandela en México

Néstor Martínez Cristo

Nelson Mandela fue un líder de importancia histórica absoluta que, con voluntad infranqueable, puso fin al régimen de segregación racial en Sudáfrica. Su fallecimiento el mes pasado da pie a Néstor Martínez Cristo para recordar las incidencias de la visita a México, en 1991, de este activista fundamental de nuestra era.

En el verano de 1991 publiqué mi primera nota de “ocho columnas” en *La Jornada*. Estaba recién llegado a ese diario y se me encomendó la cobertura de la visita a México de Nelson Mandela, entonces presidente del Congreso Nacional Africano.

Fue ocasión para ver de cerca su mirada nostálgica y su sonrisa bondadosa; de escuchar su voz pausada y su palabra honesta, sabia y libre.

Fue ocasión para conocer a un líder de los que inspiran a pueblos enteros, de esos que lamentablemente no hay por acá.

Fue ocasión, también, para comprender la enorme fuerza que la autoridad moral otorga a un individuo.

La noticia de la muerte de Mandela no me tomó por sorpresa, como a casi nadie. El fatal desenlace era inminente y estaba anunciado desde meses atrás. Pero sí me movió a rememorar aquella visita, la única que hizo a México, hace poco más de 22 años.

Nelson Mandela llegó a la Ciudad de México el 29 de julio del brazo de Winnie, su segunda esposa, con

73 años a cuestas —27 de ellos en prisión—, y con la preocupación del viajero que ha dejado pendientes en su tierra.

Sudáfrica vivía tiempos convulsos, de enfrentamientos callejeros, de mucha violencia entre blancos y negros. Los cálculos más conservadores estimaban diez mil muertes en cuatro años. Reinaba el *apartheid*.

En México imperaba una situación muy diferente. Transcurría la mitad de la gestión de Carlos Salinas de Gortari. La política y la economía se dibujaban excepcionales. Crecía la popularidad nacional del mandatario y éste alimentaba una especie de obsesión por ser reconocido en el exterior como un líder mundial.

La maquinaria electoral mexicana se preparaba para afrontar, apenas dos semanas después y en un ambiente de gran efervescencia política, la primera elección federal tras el cuestionado proceso que ungió presidente de la República a Salinas de Gortari.

Pero el líder negro tenía claro el propósito de su visita a México. Vino a reafirmar el apoyo del gobierno y

el pueblo mexicanos a la lucha contra el racismo y la condena a las políticas segregacionistas impulsadas por el presidente sudafricano, Frederick de Klerk. A cambio, lo sabía, su presencia sería utilizada por el régimen mexicano para seguir apuntalando las aspiraciones de su presidente por el reconocimiento internacional. No le importó. Amor con amor se paga.

Por esa razón, Fernando Solana, el entonces canciller, no dilató mucho en fijar una enérgica condena del gobierno mexicano “a cualquier forma de segregación racial” y de mantener distancia en las relaciones diplomáticas con Pretoria. “En un futuro próximo, cuando surja la Sudáfrica del *postapartheid*, serán restablecidos los vínculos de amistad y cooperación entre ambas naciones”, sentenciaba Solana. El gobierno mexicano presumía haber hecho todo lo que estaba a su alcance para aislar al régimen sudafricano. Estaban prohibidos el comercio y el turismo.

Durante los casi tres días que duró su estancia en México el dirigente del Congreso Nacional Africano se dio tiempo para todo. Sostuvo encuentros oficiales, dio declaraciones a la prensa y abrió espacios para atender, además, “asuntos informales”. Se reunió con Salinas de Gortari. Intercambió puntos de vista con el ombudsman nacional, Jorge Carpizo, y en sesión de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión se le dio un trato similar al de jefe de Estado.

Habló 32 minutos desde la tribuna del Congreso. Tiempo suficiente para relatar a senadores y diputados los horrores de la guerra intestina en su país, para solicitarles su apoyo en la lucha contra el gobierno del *apartheid* y para invitar a una comisión legislativa a visitar Sudáfrica. En esa media hora se echó a la bolsa a los legisladores.

Ifigenia Martínez, entonces senadora por la oposición, pudo resumir en una frase al dirigente negro: “Es inspirador. La fuerza de su palabra, mueve”.

A donde iba, Mandela se topaba con grupos de gente que hacían patente su apoyo y su admiración. Se arremolinaban a su alrededor. Querían tocarlo. Decirle que compartían su lucha. Le mostraban cartulinas medio garabateadas que hablaban del rechazo a la segregación racial.

Y su respuesta era invariablemente la misma: el puño derecho en alto y la sonrisa afable.

Los medios de comunicación destinaron a Nelson Mandela amplios espacios durante esos días. El despliegue periodístico en diarios, radio y televisión condenaba, de manera unánime, el racismo sudafricano.

En su primera plana del martes 30 de julio, *La Jornada* desplegó un editorial, bajo el título *México ante el apartheid*, donde se leía: “Entre otras de sus grandezas y de sus miserias, la así llamada civilización occidental —europea— debe responder por el establecimiento en

el sur de África de un régimen racista que, a lo largo de casi todo el siglo XX, ha constituido una carga odiosa en la conciencia de las personas de buena fe de todas las latitudes...”.

Casi sobre la escalerilla del avión que lo llevó de vuelta a Sudáfrica, minutos antes de partir, el líder del Congreso Nacional Africano comentó que se iba de México más esperanzado y con la convicción de que el conflicto de su país se resolvería, sin duda, por medios pacíficos.

Se despidió de mano de cada una las personas que integraron la comitiva que lo acompañó al aeropuerto, incluidos los cinco o seis periodistas que lo seguimos durante su visita y abordó la nave de la misma manera en que arribó días atrás: regalando sonrisas y del brazo de Winnie.

De entonces a la fecha, quizá atraído por ese liderazgo inspirador o por la sutil fuerza de su personalidad indomable, seguí siempre con particular atención las informaciones periodísticas que referían a Mandela.

Así supe que el triunfo negro contra el *apartheid* se dio finalmente por medios pacíficos. Me enteré de su merecida designación como Premio Nobel de la Paz. Disfruté la victoria electoral que lo convirtió en presidente de Sudáfrica y del crecimiento económico que logró para su país y que se tradujo, de alguna manera, en mayor igualdad.

También tuve conocimiento de su divorcio de Winnie y de sus terceras nupcias. Seguí sus logros a través del deporte y la tragedia familiar ocurrida en los días de la copa del mundo de fútbol en Sudáfrica.

Leí con interés los libros del británico John Carlin, *La sonrisa de Mandela*, donde el autor repasa los cinco años transcurridos entre la liberación y el ascenso al poder del dirigente, y *El factor humano*, en el que se inspira el famoso filme *Invictus*.

En 2001, diez años después de su visita, la Universidad Nacional Autónoma de México invitó a Mandela a venir nuevamente al país. Eran las celebraciones por el 450 aniversario de la Universidad de México y el rector Juan Ramón de la Fuente estableció comunicación epistolar con él. Le preguntó si estaría en la disposición de viajar al país para ser condecorado con el grado de doctor *honoris causa* por la UNAM. Semanas después, por la misma vía, el ya ex presidente sudafricano se disculpaba ante la imposibilidad de viajar a México. Argumentó motivos de salud. “Fue una carta muy cuidadosa, muy cordial, en muy buenos términos”, me confiaría en alguna ocasión el doctor De la Fuente.

Mandela tenía 83 años y había hecho ya casi todo.

Y la edad, las innumerables batallas, pero sobre todo las casi tres décadas en prisión, habían comenzado a cobrarle facturas. **U**